

creto de la sombra y el sueño despertaban en irreparable tropel, los deseos ocultos a lo largo de la vigilia».

Siente con fuerza González el hálito de las noches de verano y el avanzar pesado y silente de las de invierno. Alfredo Velasco es un personaje para la noche. Su locura se va insinuando débilmente hasta terminar en un sueño perturbado por los deseos del sexo, Vigilia y sueño, vida sin olvido en la que el sueño también es vigilia persistente aterradora y mortal.

El trauma psicológico que afecta al personaje de González, su motivación y desarrollo, se asemeja mucho, salvando las diferencias de argumento al de «Adriana Mesurat» la desdichada heroína de Julien Green. Esta novela de vigilia nocturna nos empuja suavemente al releer el poema de Neruda «Colección Nocturna».

He vencido al ángel del sueño, el funesto alegórico:
en gestión insistía, su denso paso llega
envuelto en caracoles y cigarras,
marino, perfumado de frutos maduros.

Y seguramente es Eugenio González

«El que busca desde antaño, y examina sin arrogancia.
Conquistado, sin duda, por lo vespertino».

FERNANDO URIARTE.

https://doi.org/10.29393/At205-19SPAS10019

SUMA POÉTICA, por R. Olivares Figueroa

Ya conocíamos de este escritor sus *Notas Críticas a los «Nuevos Poetas Venezolanos»*, (Editorial Elite. Caracas, 1939), y su «*Antología Infantil de la Nueva Poesía Venezolana*» (1938),

impreso, como esta «Suma Poética», que recién aparece por Ercilla.

Una antología supone la madurez. Es más o menos la postura última de un poeta para la eternidad y—por lo mismo—, grave riesgo es aventurarse en ella. Olivares Figueroa lo ha intentado en forma parcial, reuniendo su obra desde 1925 a 1941. La verdad es que desde «Sueños de Arena» a «Escala de la Renunciación», es decir, desde el libro del alba al libro de la frente sosegada, no hay marcas sorprendentes. El tono acontece y la misma luz es la que alumbra el camino. Juzgamos que en Olivares la poesía se da como un complemento valioso de su muy interesante labor de ensayista: cada poema viene a ser una válvula de escape a su emoción, porque la realidad es que su faena poética no alcanza la plenitud de su jornada crítica. Para él la poesía es una práctica noble, una manera de equilibrar su lámpara de estudioso. Su sensibilidad se duele de manquedad lírica y, entonces, brota el canto. El buen canto de un hombre limpio. Mas, repitamos, de un hombre en quien resplandece más intensamente el ojo del catador de almas que el del creador de sueños.

«Espiga Pueril», una galería mágica de personajes celestes, nos da la razón: con ellos se pudo escribir el más formidable historial de fantasía. Olivares no ha ido más allá de lo «que son»... si es «que son»...! Se quedó satisfecho con el retrato, sin invertir la atmósfera nueva, maravillosa, porque les haría vivir un destino joven y de recreación.

«Sueños de Arena» es un tomo de infancia que no logra, tampoco, la técnica fabularia que amarra a los niños al corazón del poema; el lenguaje es depurado, la imagen bien plena y, no obstante, el total resulta lejano, frío, con el peligro de la inteligencia que asfixia a la imaginación. Y no es que carezca de ella. ¿Dónde está, entonces, la falla? Si comparamos la realización de un mismo canto con Claudia Lars, se advertirá, de inmediato, la diferencia: el «Romance del Barrilete» de Oliva-

res no ha logrado la intensidad del «Barrilete» del libro «La Casa de Vidrio». Lástima es, porque Olivares por su dedicación lírica debiera estar en primera línea de altura entre los poetas de su patria.

Su «Bestiario», conmueve levemente; el de Apollinaire retiene: las «Historias Naturales» también llamean de interés; la greguería animalista de Ramón Gómez de la Serna no le va en zaga ni a los franceses ni a ningún otro.

El salto del niño al hombre lo da Olivares en «Teoría de la Niebla» y allí alcanza prestancia y el sueño lo casi envuelve en grandes volutas. «Escala de la Renunciación», obscurecido el pensamiento, se corta en la forma y algo se va perdiendo por la voz como entrecortada que ostenta.

Concluye esta «Suma Poética» con una traducción del «Cementerio Marino», de Paul Valery, de nuevo se nota como en Olivares Figueroa vale más el factor inteligencia que el factor canción.—A. S.